

Poder y deformación lingüística

Ph.D. **Miguel CATALÁN**

Universidad UCH-CEU de Valencia

e-mail: mcatalan@uch.ceu.es

Abstract: *The article presents some aspects of linguistic disinformation, the most visible differences between the political language and the advertising language.*

Keywords: *disinformation, political language, mass communication*

En una clasificación que puede ampliarse a otros tipos de discurso, Jacques Leauté ha establecido cuatro formas distintas de introducir la falsedad en la información: por acción (inventando una noticia falsa), por omisión parcial (ocultando una parte de una noticia verdadera, por omisión total y por deformación¹. Nos vamos a ocupar de esta última, la deformación, por ser no sólo la más sutil y difícil de detectar, sino asimismo la más eficaz. A diferencia de las tres primeras formas, la deformación no inventa la verdad, ni tampoco la omite, sino que simplemente la distorsiona o desfigura. Aunque también se practica en las democracias, la deformación lingüística es característica de los sistemas autárquicos modernos, porque sólo el monopolio de los medios de comunicación permite modificar a voluntad el sentido de las palabras.

Lo que caracteriza a la corrupción semántica del lenguaje político frente al publicitario, el forense u otros, es una cualidad que comparte con todo discurso institucional: la ventaja de su posición eminente respecto al significado común de las palabras. La distorsión en el lenguaje político supone una deformación de significado con, digamos así, abuso de poder. Pues toda institución social, sea o no de carácter político, tiende a imponer un determinado modo de ver el mundo a las personas que caen bajo su campo de acción.

1 Leauté, Jacques, *Ética y responsabilidad del periodista*, Quito: Ciespal, pp. 28 y ss; cit. González Bedoya, *Manual de Deontología Informativa*, Madrid: Alhambra, 1987, pp. 112-5.

El poder institucional o político emplea distintos métodos para deformar la realidad por medio de la palabra. Voy a intentar caracterizar uno de esos métodos de distorsión, al que llamaré “transvaloración terminológica”. Lo que pretende este método de distorsión es transformar el valor moralmente positivo de un término en un valor negativo, o bien, a la inversa, transformar el valor negativo en positivo. Por ejemplo, los medios de comunicación al servicio del ministro de propaganda alemán Joseph Goebbels lograron bajo el dominio nacionalsocialista que la palabra “fanático” terminara convirtiéndose en un vocablo laudatorio, cuando tradicionalmente había sido reprobatorio no sólo en la cultura francesa desde la Ilustración, sino también en la cultura alemana. Según evoca Victor Klemperer, “una fe fanática en nuestro Führer” o incluso “un amor fanático a los animales” se transformaron en expresiones cotidianas pronunciadas con una sonrisa en los labios por la gente corriente. Como hemos señalado, sólo un control absoluto de los medios de comunicación y un silenciamiento de las opiniones contrarias aseguran el éxito de esta estrategia desinformativa.

Los *intentos* de transvalorar vocablos comunes no son exclusivos de las dictaduras (aunque sólo estas disponen de los medios para implantarlos en el habla de la ciudadanía), sino que pueden observarse asimismo en las democracias. Pondremos algunos ejemplos extraídos de la reciente comunicación gubernamental en España. El ministro español de economía Pedro Solbes pretendió en 2008, en plena crisis financiera, dar la vuelta al significado corriente de la expresión “crisis económica”. El 10 de septiembre de ese año declaró textualmente: «Si la crisis sirve para limpiar la economía española, no hay que darle mayor importancia». La declaración causó un inmediato disgusto general: “¿Quiere decir el señor Solbes que los despidos masivos, el cierre de empresas y los desahucios de primera vivienda por impago de hipotecas sirven para limpiar la economía?”, preguntaban ciudadanos y periodistas en los medios. Las airadas reacciones sociales le obligaron a pedir disculpas públicas al día siguiente. “No estuve afortunado”, se retractó Solbes. Aquí podemos discernir una de las diferencias entre democracia y totalitarismo: sólo este último puede imponer o asegurar una transformación deliberada del valor de una palabra gracias al monopolio de los medios de comunicación.

Existen dos tipos básicos de transvaloración de los términos: el primero, al que llamaré “deslizamiento semántico”, introduce el cambio valorativo en la misma palabra. La transformación en lo opuesto se logra difundiendo una y otra vez la palabra en cuestión (en nuestro caso, “fanatismo”) sólo con el segundo significado. El segundo tipo, al que llamaré “transposición valorativa”, lo que hace no es modificar el sentido de un término dado, sino cambiar de término para expresar la misma realidad que expresaba el primero. En otro ejemplo extraído de la experiencia nacionalsocialista de Klemperer, si la palabra “retirada” o “derrota” resultan inconvenientes en periodo de guerra porque desaniman a la población civil, entonces los periódicos patrióticos o gubernamentales pueden utilizar el término “reducción del frente”. Con esta operación lingüística se pretende modificar el sentido de lo ocurrido: en tanto una “retirada”

sugiere un fracaso, y eso perjudicaría al régimen, el nuevo término “reducción del frente” da idea de una especie de “pequeño éxito”: mediante una decisión voluntaria se habría logrado arrebatar una ventaja al enemigo. Lo negativo queda así transfigurado en positivo. Klemperer consigna que, conforme la Alemania nacionalsocialista iba perdiendo batallas a lo largo de 1943, en los periódicos alemanes la primera línea de guerra se iba convirtiendo en “elástica” debido a continuas “reducciones” o “rectificaciones” del frente². Veamos otro vocablo que permitió a los medios de comunicación nacionalsocialistas desplegar esta transposición valorativa con éxito entre la ciudadanía: “expedición de castigo”. El término alemán *Strafexpedition* pasó a designar las palizas organizadas en grupo contra sindicalistas, comunistas, judíos... La gente decente alemana, escribe Klemperer, utilizaba “expedición de castigo” con toda naturalidad entre 1933 y 1945, seguramente porque sonaba bien a sus oídos. Y no sin motivo, pues, en efecto, el castigo es una pena impuesta al que ha cometido una falta o un delito. Evoca, pues, una acción de justicia sobre una persona, normalmente un niño, que se ha comportado mal. El culpable de la expedición de castigo, por tanto, ya no era el apaleador, sino el apaleado. Como quien corrige una falta, además, suele ser el maestro o el padre, se sobreentiende que actúa en bien del infractor. En este caso, el poder de la propaganda política logra con “expedición de castigo” una inversión valorativa, de lo negativo a lo positivo, de una acción reprochable.

Aunque en ellos alcance sus mayores éxitos, la distorsión semántica no es exclusiva de los regímenes totalitarios, sino que también aparece en las democracias. El lenguaje oficial político-militar de Estados Unidos presenta una larga historia de transposiciones valorativas. A la invasión de Iraq en las dos guerras del Golfo se la llamó “intervención”, lo cual sugiere más una operación quirúrgica que la invasión de un país. A la guerra de Iraq se le llamó “conflicto”. A la ocupación de Iraq se la llamó “liberación”. Siguiendo una larga tradición de lenguaje eufemístico militar, los soldados estadounidenses no encontraban muertos entre los escombros, sino “bajas”; por tanto, el Ejército estadounidense no mata, sino que abate, neutraliza, limpia, despeja o hasta se abstiene de dejar heridos en su camino. Las torturas de la prisión de Guantánamo se denominan en algunos documentos del gobierno de George W. Bush “interrogatorios coercitivos” y también “técnicas de interrogación reforzada” y hasta “técnicas agresivas de interrogatorio”. Tales expresiones sustitutivas de “asesinados” o “tortura” suponen un falseamiento deliberado y estratégico de la realidad que no son patrimonio de tendencia política alguna: bajo el terrorismo de Estado estalinista, la tortura fue redefinida como “presión física” por un decreto del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética de 1939³, en tanto el idiolecto oficial de los campos de

2 Klemperer, Victor, *LTI. La lengua del III Reich*, Barcelona: Minúscula, 2007, pp. 329-330.

3 Getty, J. Arch, y Naumov, Oleg V., *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, Barcelona: Crítica, 2001, p. 25.

concentración nacionalsocialistas no llamaba “muertos” a los judíos incinerados, sino “figuras” (*Figuren*): «El *Scharführer* exige», evoca Vasili Grossman, «que se les llamen *figuren*: cien figuras, doscientas figuras»⁴.

En la vida civil, la corrupción semántica gubernamental se solapa peligrosamente con el lenguaje políticamente correcto, el cual tiene una base moral plausible en la intención de evitar las ofensas verbales a grupos sociales desfavorecidos. El principal problema de la deformación semántica mediante eufemismos es que suena políticamente correcta y, al mismo tiempo, beneficia al poder político. De ahí que sea impulsada o creada por las instancias administrativas, como observamos en expresiones de nuevo cuño del tipo de “disponibilidad laboral”. En los documentos oficiales españoles, “disponibilidad laboral” ha venido a sustituir a la voz “desempleo”, la cual a su vez ya era un eufemismo de la voz común “paro”. El cambio de sentido valorativo, de lo negativo a lo positivo, es diáfano: así como “paro” denota una detención forzosa, “disponibilidad laboral” sugiere amplitud de miras: uno está disponible, es decir, abierto a las oportunidades que ofrece el mundo. *A contrario*, la “disponibilidad laboral” casi nos hace pensar que un trabajador en activo está faltando a su deber al no hallarse laboralmente disponible.

Los discursos institucionales tienden a la transposición valorativa de lo negativo a lo positivo. Resulta lógico, pues los responsables de una institución son sus máximos beneficiarios, y por tanto, los más interesados en ensalzarla. Los textos de los organismos públicos, pero también de las grandes empresas privadas, están plagados de corrupciones semánticas tranquilizadoras. Una central hidroeléctrica puede intentar aplacar a los usuarios irritados por una avería colectiva... suprimiendo la palabra “avería”. En la España actual, las grandes empresas ya no sufren averías, sino “incidencias” o “incidentes”. Estas dos palabras suenan mucho mejor que “avería” porque, a diferencia de esta última, no sugieren problema alguno. El Diccionario de la Real Academia Española define así la voz “incidencia”: «*acontecimiento que sobreviene en el curso de un asunto o negocio y tiene con él alguna conexión*». Como vemos, ese acontecimiento no viene calificado valorativamente por el sentido propio de la palabra: puede ser tanto malo como bueno. Utilizando “incidencia” se intenta engañar al receptor del mensaje sobre el aspecto problemático intrínseco a toda avería, así como su necesidad de una rápida acción reparadora.

A este respecto, el 23 de julio de 2008 se produjo un apagón en la ciudad de Barcelona que duró casi tres días (66 horas) y dejó sin luz eléctrica a 350.000 usuarios. Dejaron de funcionar los congeladores, los semáforos, los ascensores, los aparatos eléctricos de los almacenes de productos perecederos, de los hospitales, de las fábricas. La ruinosa avería fue definida por la empresa eléctrica responsable, Fecsa Endesa, como “incidente” en la siguiente carta remitida a los usuarios:

4 Grossman, Vasili, *Vida y destino*, Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2007, p. 245.

«Estimado cliente:

El pasado lunes 23 de julio un incidente en la red de alta tensión de Red Eléctrica de España S.A. provocó una interrupción de suministro que afectó a un número significativo de clientes.»

También las grandes compañías de telefonía españolas se han abonado a las inocuas incidencias. Un usuario refirió en la Red que sus padres habían contratado una línea ADSL de la empresa Telefónica que empezó a fallar a los pocos días. Cuando reclamaron a la empresa, esta les respondió en tono alentador que sólo se trataba de una incidencia. El usuario prosigue: «Unos días después, la línea dejó de funcionar. Nueva llamada al 1003+1. Entonces les dijeron que había ocurrido una *incidencia grave*. Tras cuatro días de incomunicación y sin que viniera ningún técnico, mi madre llamó hecha un basilisco a esta gente, y ahora le dijeron que lo que tenían era una *incidencia crítica*»⁵.

En general, hasta las averías más graves y peligrosas para la salud pública son ahora incidencias. El 4 de abril de 2008 se produjo una fuga radiactiva en la central nuclear de Ascó, en la provincia de Tarragona. Las autoridades empezaron por intentar ocultar el grave percance. Pero cuando la ONG *Greenpeace* lo reveló a la opinión pública, los responsables de la central remitieron a la prensa un escrito en que la avería ya se había convertido en incidente. Y no sólo la central nuclear, sino también el propio Consejo de Seguridad Nuclear (SNC), organismo estatal encargado de velar por la seguridad de las instalaciones nucleares y radiactivas, empleo el término “incidente” en su nota oficial de 30-4-2008, posterior a la denuncia de Greenpeace: «toda la información disponible en torno al incidente»⁶.

La labor desinformativa tiene éxito cuando los informadores, y, en especial, los perjudicados por la desinformación, adoptan la palabra inducida en vez de la palabra correcta. Y con el vocablo “incidencia” o, también, “incidente”, debe admitirse que lograron su objetivo. En una nota de la agencia oficial EFE del 28 de mayo de 2008 publicada en diversos periódicos, entre ellos *ABC* y *El País*, las palabras “incidencia” o “incidente” se repiten más de una docena de veces (las destaco en cursiva):

«El presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, ha achacado hoy el *incidente* en la central nuclear de Ascó a un “claro error humano” y ha asegurado que el CSN depurará las responsabilidades que se han cometido (...). Zapatero ha respondido en la sesión de control una pregunta (...) sobre la fuga radiactiva ocurrida en la central nuclear de Ascó I, un *incidente* que, según el

5 <http://establenotrodelagravedad.wordpress.com/2008/05/27/iapor-que-lo-llaman-incidencia-cuando-quieren-decir-averia/>.

6 <http://www.csn.es/descarga/plantillas1234.pdf>

parlamentario catalán, pone de relieve que España cuenta con la industria nuclear “más chapucera” de Europa.

El jefe del Ejecutivo ha subrayado que el *incidente* no ha tenido ningún impacto radiológico sobre las personas o sobre el medio ambiente, aunque ha asegurado que esa constatación “no basta” y que hay que adoptar todas las medidas para conseguir que no se produzca “ningún” *incidente* en las centrales nucleares. (...) Las medidas adoptadas por el CSN, ha explicado el presidente, han determinado el alcance del suceso, las posibles repercusiones sobre las personas y sobre el medio ambiente, y las causas del *incidente*. (...) Joan Herrera ha preguntado al Gobierno si está en condiciones de garantizar que un *incidente* como el ocurrido en Ascó no se va a repetir (...) El diputado de ICV ha recordado que el *incidente* fue conocido gracias a la información de la organización ecologista Greenpeace».

La crisis económica de 2008 fue también bautizada por el equipo del ministro español de Economía y Hacienda, Pedro Solbes, como “desaceleración”. La palabra “crisis” resultaba molesta por su significado negativo. “Desaceleración”, en cambio, daba de la situación económica una idea errónea, pero favorable al gobierno. Este juego de manos verbal se apoya en un presupuesto falaz: el de que, pase lo que pase, siempre avanzamos. La diferencia radica en que o bien “aceleramos” (cuando avanzamos mucho, *quizá en exceso*) o bien “desaceleramos” (cuando avanzamos poco, *quizá lo prudente*). Lo que nunca hacemos es ir hacia atrás o estancarnos, cosas que, aun cuando sí ocurren en la vida real, no conviene recoger en los seudolectos de los organismos oficiales. El 10 de enero de 2008, Pedro Solbes declaró que la “desaceleración” (léase “crisis económica”) era un “fenómeno saludable” que formaba parte de la “evolución natural”, porque venía a “reorganizar” las “distintas componentes del Producto Interior Bruto”. El diputado de la oposición, Cristóbal Montoro, declaró aquel día a la prensa que los discursos de Solbes necesitaban un traductor simultáneo. Pero Solbes no se arredró ante la indirecta, y cuando la “desaceleración” liquidó en febrero de 2008 el superávit fiscal y las cifras del paro se elevaron por encima de lo esperado, difundió la expresión “desaceleración *profunda*”.

Otra trasposición valorativa para los duros tiempos de crisis se efectuó con “ajuste económico”, locución también sustitutiva de “crisis”. “Ajuste económico” se extendió en los medios españoles hacia abril de 2008, así como “ajuste inmobiliario” en lugar de “crisis de la construcción”. Y cuando los indicadores económicos empeoraron en junio, entonces Solbes habló de un “ajuste intenso”. Con “ajuste” ocurre algo semejante a lo sucedido con “desaceleración”. La palabra “ajuste” sugiere una realidad agradable: como si las épocas de bonanza económica fueran censurables, pues estaban desajustadas hasta que llegó la higiénica crisis económica a ajustarlas. Igualmente en junio de 2008 se sustituyó la desagradable expresión “turbulencias financieras” por la más sedante “correcciones de mercado”, de valor radicalmente contrario. Cuando el mercado era estable, parecía decirnos Solbes, no debíamos sentirnos satisfechos, pues ello suponía que necesitaba

una corrección que, por fortuna, ya ha llegado. Cuando en mayo, en efecto, se le había preguntado qué medidas tenía pensado tomar su ministerio para hacer frente a la crisis de la construcción que había dejado en el paro a miles de trabajadores, su respuesta fue que no sería prudente “impedir artificialmente el necesario ajuste de la construcción” (*El País*, 8 de mayo de 2008). Como si toda medida gubernamental no fuera “artificial”, Solbes culminaba así la transvaloración terminológica: al convertir la crisis económica en buena por el procedimiento de llamarla “ajuste”, ya no había que tomar medidas contra ella, pues tal cosa sería actuar de forma “artificial” y “desajustadota”.

Notemos la peculiaridad de la transvaloración terminológica que estamos analizando, tanto en su primera versión de deslizamiento semántico como en su segunda de transposición valorativa, respecto a otras técnicas propagandísticas menos osadas: volviendo a la experiencia nacionalsocialista de Klemperer, los periódicos alemanes hablaban de “éxitos periféricos” para referirse a las victorias aliadas. Sin embargo, esta expresión no implica transvaloración, pues “éxito” y “victoria” mantienen la misma valencia positiva. La operación lingüística se limita aquí a restar importancia en este caso concreto al valor positivo de “victoria” o “éxito” admitidos por el oyente y el hablante, mediante un adjetivo paliativo: “éxito, sí, pero periférico”, el cual intenta reducir el significado laudatorio de la palabra admitido por ambos. Al no cambiar de valor la voz “victoria”, tanto la importancia como la eficacia del engaño resultan menores. Es una técnica más superficial y menos atrevida que la trasvaloración terminológica, porque no afecta a la semántica del término original, y, por tanto, mantiene su valencia original positiva o negativa.

Tampoco hay trasvaloración terminológica en el uso irónico de comillas. Esta es otra técnica deformativa muy habitual en cualquier época y lugar, pero que se utilizó con característica frecuencia en la Alemania de Hitler, donde palabras como “humanismo” no se utilizaban nunca sin sus comillas irónicas. Cuando la prensa del régimen entrecomillaba “humanismo” al escribir sobre sus adversarios, estaban aceptando el valor positivo tradicional de la palabra “humanismo”, pero, al mismo tiempo, señalaban a esos adversarios suyos como falsos humanistas. Como no se atrevían a cargar contra la palabra, lo hacían contra la autenticidad de sus portadores. La misma operación practicaba Dostoievsky al entrecomillar la palabra “progresista” en sus artículos de prensa. Hablar de un “progresista” ruso no suponía un ataque contra el progresismo, sino sólo contra aquellas personas que *se hacían pasar* por progresistas: los europeístas rusos. El hecho de que Dostoievsky nunca utilizaba la palabra “progresista” sin entrecomillarla nos hace pensar que, detestando el progresismo, no se atrevía a ir contra una palabra que había alcanzado gran predicamento en la Rusia de su tiempo. Igualmente, el hecho de que los medios nacionalsocialistas nunca utilizaran la palabra “humanismo” sin entrecomillarla irónicamente, significaba que Hitler, Goebbels y Rosenberg tampoco se atrevieron con la palabra “humanismo”, tal era la carga laudatoria que sostenía como herencia de la Alemania de Goethe y Schiller. Se limitaron a entrecomillarla, como advirtiendo: “nada tenemos contra el

humanismo, sino sólo contra el venenoso “humanismo” judío que se hace pasar por auténtico humanismo”⁷.

En consecuencia, tanto el entrecomillado irónico como el adjetivo paliativo no llegan a constituirse en técnicas deformativas, porque dejan intacto el valor moral asociado comúnmente a la palabra empleada. Para transvalorar un término hace falta una mayor audacia, una determinación de falsificar el significado de las palabras y de realizar un auténtico juego de manos lingüístico que sí llevan a cabo el deslizamiento semántico y la transposición valorativa.

7 Klemperer, Victor, *LTI. La lengua del III Reich*, Barcelona: Minúscula, 2007, p. 208.